

cuya síntesis es ser grande y heroica en cuanto toca al carácter sagrado de depositaria de la fé y cabeza del mundo católico, y pequeña y desgraciada en cuanto concierne á su individualidad y privada gobernacion?

¿Ó radicaba la independencia de Italia en la Toscana de los Güelfos y Gibelinos, ó en la Génova de los negros y los blancos? ¿Era bajo el poder de Ezzellino de Romano, de Galeato Visconti, de Sforzia, de Ludovico el Moro, de los Estes, y más tarde, de los Borgias? ¿Estaba la independencia en Sicilia, víctima de Manfredo, de los Normandos y de los Aragoneses, ó de Prócida y las famosas proverbiales Vísperas; en la Nápoles de aquella Juana que brinda con el trono á amantes extranjeros, y que hoy decapita á los Angevinos, para entregarse mañana á los Españoles? ¿Es en el ducado de Saboya, cuyos Príncipes van á ser Gobernadores de las provincias y Generales de los ejércitos del Rey de España? ¿Es la Italia independiente la Italia invadida por las armas del hijo de Luis XI, ó amenazada por los ejércitos de Francisco I, ó sujeta á los Gobernadores de Maximiliano? ¿Es la Italia del suplicio de Arnolfo de Brescia ó del martirio de Savonarola? Preguntad por esa independencia al Dante, y le oiréis llamando á gritos á su querido y lejano Emperador; ó á Machiavelo más tarde, y os describirá un príncipe como su patria lo habia menester.

XI.

AUTONOMÍA ITALIANA.
DE ITALIA, EN EL IMPERIO DE CÁRLOS V.

Pero al fin este Emperador advino; este Príncipe se encontró: Cárlos tambien; grande como el que consagró Leon III. Lloraba por él la Italia; pediale al cielo; y él, que en su solitario castillo de Gante, como Napoleon III en su fortaleza de Ham, habia soñado en una nueva organizacion del mundo; cuando súbita é impensadamente se encontró con la realidad impensada de heredero de los reinos de España, de las coronas de Austria, Alemania, Bohemia y Hungría, del ducado de Borgoña, y del porvenir inmenso, fantástico, y todavía no bien deslindado, de la América recién descubierta, para fundar, como fundó, sinó la monarquía universal, que con harto motivo pudo pasar por su mente, á lo ménos esa unidad política que se llama Europa, fundiéndola de todos aquellos miembros desunidos y aislados, necesitaba la Italia; y la Italia necesitaba de él, como necesitó más tarde de Bonaparte.

Desde que hubo un Emperador elegido en Aquisgran y triunfador en Toledo, como su predecesor lo habia sido en el Sena, necesitó consagrarse en Roma, venir á arrojarse César en el Vaticano. La Italia le recibió, no como á quien esclavizaba á los italianos, sinó como á quien

arrojaba de su suelo á los franceses; y la autoridad que de ella recibe, y que en ella ejerce, no se parece en nada á una dominacion directa, ni á una asimilacion administrativa, sino al alto protectorado imperial, al eminente señorío cesáreo. Comparad la situacion que se crea despues de las victorias de Carlos V, con la situacion más antigua; ó más bien comparadlos con otra bien moderna, con la paz de Villafranca, si sus estipulaciones se hubieran realizado.

No me objeteis contra lo que voy á decir, el juicio de la Inglaterra. Fuera de que Inglaterra no puede ser imparcial ni con Roma ni con Italia, á las cuales no ha de mirar nunca bajo el punto de vista nuestro, esencial en ellas, que es el católico, tenemos que declarar una gran verdad, que hemos aprendido en la historia, y que miramos como axioma:—"Los ingleses ni hacen ni comprenden la historia. La Inglaterra no entra en el cuadro de la historia política, sino de la historia comercial."—Hablabamos de la situacion política creada despues de las victorias de Carlos V; de aquella situacion tan católica como italiana, y aun española. Analicémosla.

Venecia, no sólo quedaba libre y señora, sino restituida de la desmembracion con que habia querido castigar su poderío la liga de Cambray. Florencia fué gobernada por los Médicis; Génova recobró su soberanía bajo el glorioso escudo de los Dorias; Príncipes italianos eran los Farnesios de Parma; italianos fueron los Viscontis de Milan; los duques de Saboya ganaron para sí y para su hijo las victorias que sellaron la independencia de sus Estados, y con que se elevaron á Reyes; Nápoles y Sicilia continuaron en aquella antigua y tradicional casa de Aragon, más italiana que la de Saboya, y por cuya san-

gre el Emperador venia á ser más italiano que los Filibertos y Amadéos. Y si Roma sufrió de las huestes de Carlos un espantoso saquéo, cuyos accidentes se complican con la condicion de un caudillo francés y el fanatismo de bandas luteranas, no pensamos que, aparte de los accidentes del hecho, y considerando sólo el aislamiento temporal del Pontífice, le desaprobarian ahora los que vieran el carácter personal ó las antipatías políticas de un Papa, como un obstáculo para el arreglo de las cuestiones italianas.

Carlos V no quitó al Papa sus Estados, ni le disputó sus prerogativas, ni dejó á las proposiciones de Lutero, cuando no era más que el protegido del Landgrave de Hesse, la influencia anti-papista que tiene hoy Lutero, ó el luteranismo, montado en 80 buques de línea que no son italianos. El Concilio de Trento tuvo lugar, á pesar de los Russell y Palmerston de aquel entónces. Y el representante de la unidad européa, que consideraba la idea catolicismo como una idea tan altamente política, que trató á la reforma como una sedicion y rebeldía, no podia mirar á la cuna del catolicismo como provincia y vasalla.

Digan lo que quieran los que sólo leen la historia por los libros franceses, y que creen que las ideas de independencia y libertad nacieron en la Asamblea Constituyente, ó que no hay más italianismo que los programas de Mazzini; Carlos de Austria no fué el opresor despótico, ni el tirano extranjero de una Italia, que encontró despedazada y envilecida, y que dejó gloriosa y hermanada. Tantos generales italianos como españoles, hubo en sus ejércitos; Carlos V, hombre europeo y génio cosmopolita, sin nacionalidad fija y sin patriotismo local, fué el

restaurador del Imperio de Occidente, fué el Soberano de todos los pueblos de quienes era por sangre y espíritu, universal compatriota; fué el descendiente verdadero de Carlo Magno, el jefe de las naciones latinas, no español, (esta es ciertamente su censura para nosotros) pero sí sobre la base española; como el antiguo debelador de los sajones, sobre la base Franca. Aquellas y sus contemporáneos le creyeron tan poco germánico, que el Poeta soldado de sus legiones, que murió delante de Fréjus, á su vista, pudo cantar de sus caudillos:

Aquellos capitanes
En la sublime rueda colocados,
Por quien los alemanes,
El duro cuello atados,
Y los franceses van domesticados.

Garcilaso no menciona entre los sometidos, á aquellos italianos, á quienes no habia tomado más que la riquísima armonía de su idioma y la versificación con que enriqueció su lengua. Habla sí de los enemigos ó de los dominadores de Italia, que eran vencidos ó sujetados por el Emperador.

XII.

CARLO MAGNO: CÁRLOS V: LUIS XIV:
LA REVOLUCION FRANCESA: NAPOLEON.

Cárlos V no fué tan feliz contra los Sajones herejes, como Carlo Magno lo habia sido contra los Sajones idólatras. Faltóle el tiempo y la vida para sus planes ó para sus sueños; y sin esperar, estrellóse contra la Francia, y contra la reforma; y ántes de dar lugar á que una coalicion le amarrase á una roca, vínose él por su pié á Yuste, otra Santa Helena; bastante cuerdo para dejar subsistente en el mundo, ya que no todo lo que habia querido, si á lo menos todo lo que habia acabado. Su hijo fué bastante poderoso para dejar de ser formidable. Su hermano fué Rey de Romanos, y Emperador. D. Juan de Austria fué más que el Príncipe Eugenio. Doña Margarita y la Gobernadora de Parma, fueron más que las Reinas Bonapartes de Etruria y de Holanda.

Aquel Imperio era más sólido; tenía en el mundo, por él tan renovado y tan conmovido, más vínculos históricos. Como una de esas antiguas catedrales no concluidas, quedó sirviendo para el culto de todos los pueblos. Las conquistas violentas se las lleva el humo de una batalla perdida. El Imperio francés lo deshicieron en tres

meses Wellington y Metternich. Á los ocho meses de Waterloo, la Italia era del Austria. Despues de Cárlos V pasa mucho tiempo todavía ántes de que aparezca Richelieu para demoler su obra, y ántes de que Luis XIV crea que es dado á la vanidad representar en el mundo el mismo papel que á la ambicion.

La tárea del grande Emperador fué fundar, constituir. El papel de la Francia es destruir. Cárlos V acomete y emprende todo lo que es europeo. La Francia descompone todo lo que no es francés. Á Cárlos V, la unidad: á la Francia de Luis XIV, el equilibrio.

Y sin embargo, esta idéa llegaba en sazón. Aproximábase la época en que la unidad iba á ser una quimera, y la Europa práctica inauguraba una época de confederacion sin preponderancias, sin Imperio. Los Imperios no se organizan ni se perpetúan por la fuerza. Los Imperios los crea y los mantiene la representacion de un principio, de una idéa. El Imperio romano se creó para la unidad de la ley: Carlo Magno recibió de Roma la investidura para fundar en la anarquía bárbara una unidad religiosa: Cárlos V se apoya en la idéa religiosa, para la unidad moral, que es su obra.

El siglo XVII y XVIII vienen al mundo con idéas enteramente contrarias. La destruccion del Imperio de Cárlos V por los sucesores de Francisco I, es una obra de revolucion, que continúa el cisma y la reforma, y que precede é inicia la revolucion de 89. Al principio de que todos los hombres son iguales y libres ante la ley, debia preceder la declaracion de que todas las nacionalidades que tienen razon de ser, debian ser igualmente representadas en el Congreso de las Potencias.

Un vago y tradicional instinto solamente la empujaba

á atacar al Imperio en su base, en su cabeza, y á arrebatár la Italia á su dominacion; pero en la reconstruccion de la obra y en los detalles de la ejecucion no habia de parte de la Francia de entónces, ningun pensamiento transcendental ni fecundo. En aquella política no habia más que vanidad egoista, míope personalismo, endiosamiento pagano, fuerza anárquica y desorganizadora. Los tratados, los pactos de familia, hechos en ódio al Imperio; no fueron en favor de las naciones, sino de las dinastías reinantes. Se habló en nombre de la casa de Francia y de la casa de Austria, como si no hubiera Europa; y entretanto que la Francia, la Italia, la España, el Pontificado, la Inglaterra, huérfanos del pensamiento de los grandes Soberanos, vivian y se agitaban bajo la tiranía descreida de Reyes y Ministros, que en el ajedrez de sus guerras y en la mesa de banca de sus diplomácias, perdian y ganaban reinos, en naipes que llamaban mapas, el trabajo de Dios y el del espíritu humano iban construyendo en el mundo europeo una nueva unidad formidable de libertad y de independenciam, que tuvo una terrible representacion contemporánea.

¿Cuál fué en este drama el papel de la Italia, que por espacio de dos siglos habia sido el campo de batalla en la lucha de la Francia con los restos del Imperio? Ya lo hemos dicho. La nueva idéa se habia encarnado en la Francia. Y como si la Providencia hubiera querido proporcionar una solucion consiguiente á los antecedentes de la historia, para personificar esta revolucion, envió á un Italiano. Napoleon, nuevo Pipino, pasando los Alpes para destruir á los nuevos Lombardos, vuelve nuevo Carlo Magno, para ser,—¡tal al ménos lo debiera, tal parecia serlo!—el Emperador de la libertad; y los Italianos, con-

secuentes á su eterno y fatal destino, saludan la época de su emancipacion, no en el dia en que recobran su independencia, sino en el que son uncidos de nuevo, eternos gibelinos, al carro triunfal del nuevo Emperador de los Francos, y le pasean con nacional orgullo en sus cesáreas conquistas, á través de todos los campos de batalla de la Europa.

XIII.

CUESTION DE HOY: PLEITO DE SIGLOS.

Pero aquí se presenta una diferencia esencial, que se escapó á la perspicacia y al génio del moderno César. Llevó Napoleon consigo la Italia liberal;—pero no llevó la Roma pontificia. Por una fatalidad, que pesa horriblemente sobre el destino de la Europa moderna, y que ha de influir por mucho tiempo en la solucion de todas las cuestiones européas, la libertad, que habia nacido cristiana, al pasar por la Convencion francesa, se habia hecho racionalista y atea.

Pio VII no pudo ser Gregorio III; y Bonaparte, que no se creia Enrique IV, y que no tenia miedo de morir proscripto en una isla extranjera, como Federico de Suevia, por haber incurrido en los anatemas pontificios, no pudo ser el hombre de la conciliacion de la libertad con la Religion. Desgraciadamente para su destino, estas dos idéas se divorciaron en su persona, y para mayor desventura, quedaron divorciadas para la Italia.

Despues de la caida de Napoleon, la Italia vuelve á ser súbdita del que en la reaccion de 1815, aunque con

diverso nombre, vuelve á ser Emperador; y el Pontífice, que por católico no habia dejado de ser italiano, ni en 1815 ni en 1848, ni en todas las épocas pasadas, y presentes y aun venideras, deja de ser italiano, para no ser más que imperialista. La historia sigue su curso inexorable, y la legitimidad imperial vuelve á consagrarse. Ya no va á arrodillarse á Roma, para prosternarse ante el Pontífice; pero se apresura á firmar el Concordato, así que se levanta en el Sena el trono del nuevo César, que puede volver á poner en tela de juicio ese pleito de mil años; si el jefe del Imperio romano ha de ser el que mande en el Sena, ó el que tenga su córte germánica en las riberas del Danúbio.

En ese secular litigio estamos todavía. La independencia de la Italia podrá ser el resultado del gran movimiento que tiene lugar en aquella península. Pero nada de cuanto hasta aquí ha sucedido, nos hace creer que sea éste el objeto que se ventila entre las dos potencias, la que conserva á Venecia, y la que ha adquirido á Saboya y á Niza.

En cuanto á los italianos mismos, no dudamos que el derecho de pertenecerse á sí solos, es ahora su aspiracion. Pero esta pertenencia exclusiva, como hecho, no se ha realizado jamás en la historia; y como idéa y pensamiento, es de tal manera moderna, que es contemporánea de la generacion que se afana por realizarla. Ha sido menester la enseñanza de muchos siglos, para que parezca servidumbre lo que fué en algun tiempo dilatacion y dominio. Ha sido menester una revolucion fundamental en la manera de sentir la política y de juzgar la historia, para que á un corazon italiano de nuestra edad le sonria como sueño de gloria, lo que á algun gibelino de hace cuatro

siglos le parecería sin duda acto de decadencia y abdicacion.

Entre tanto, — nada hay definitivo.

Los arreglos no han sido más que tréguas: el último el de Villafranca.

—¡Vivir para ver!

XIV.

UNIDAD.

—LA UNIDAD DE ROMA, Y AUN LA UNIDAD DE ITALIA,
ES LA UNIDAD DEL MUNDO.—LEY PROVIDENCIAL.

Hemos estudiado ya bastante lo que fué, lo que puede ser la independencia de Italia, y como por la mano somos traídos á tratar la cuestion de su unidad. Tan enlazadas se hallan, á la verdad, una y otra, que pueden considerarse una sola: más bien que diversas, son la consideracion de una misma idéa bajo dos puntos de vista diversos, aunque convergentes.

Hemos afirmado, hemos procurado demostrar que la Italia no fué nunca independiente, porque sus destinos estuvieron siempre, y estarán ligados con los destinos del mundo. Hoy vemos en la historia, y creemos leer en el porvenir, que tampoco ha sido ni podrá ser UNA por sí sola, sino con el mundo Católico. Esto, que más especialmente afirmamos desde ahora, y demostraremos despues, respecto á Roma, esto mismo afirmamos y nos proponemos convencer hoy, respecto á Italia. El gérmen, y aun la síntesis de nuestra demostracion, está en lo que llevamos expuesto; otras razones, que deduciremos de la consideracion filosófica y de la exposicion histórica de la idéa de la unidad política y de sus desenvolvimientos,

despues de servir á esta parte especial de nuestro trabajo, vendrán á corroborar nuestras anteriores afirmaciones. Aquí, como en otras materias, segun pedia el gran poeta y legislador del buen gusto,

Alterius sic

Altera poscit opem res, et conjurat amicè.

La idéa de la unidad, fuera de la familia ó de la tribu, ó cuando más, fuera de los límites circunscritos de ciertos accidentes geográficos, no es espontánea. La independencia le es antitética: la unidad, consecuencia del predominio ó de la lucha, se impone por la sumision.

Donde el elemento social es la familia, libre y naturalmente constituida, y su necesaria concentracion en el hogar; con el hogar y con la familia coexisten el aislamiento y la independencia. El hábito y el cultivo de la independencia familiar resisten la agrupacion fuera de los límites en que la necesidad la hace indispensable; y ésta resistencia contradice la unidad. De este principio se deduce un hecho histórico que es bien fácil comprobar.

Ninguna de las grandes divisiones geográficas de nuestra Europa, constituian algo que se parezca á lo que hoy se llama Nacion. Los Cimbrós y los Bretones, los Celtas y los Iberos, los Armoricanos y los Auvernios, los Turdetanos y los Cántabros, los Ligures y los Etruscos eran tan extraños entre sí, y las variadas subdivisiones de éstos nuestros antepasados, aunque habitaran en un mismo territorio, y á veces á la ribera de unos mismos rios, eran entre sí más independientes que hoy lo son los rusos y los franceses, los austriacos y los españoles.

Crear la unidad del mundo, fué la mision de Roma; lo fué tambien, aunque en segundo término, la de Italia,

cuerpo y manos y brazo y corazon de aquella cabeza, despues que fué la primera sometida, y recibió la unidad, que ántes que á nadie se le impuso.

Pero ni Roma, ni Italia misma, son una nacion territorial: en los pueblos sometidos por Roma hay independencia; tampoco hay unidad. La unificacion de Europa y del mundo ha de venir de Roma.

Mas ¿cuál es la ley providencial que á ello la obliga? Así como para el advenimiento de su Hijo en la plenitud de los tiempos, prepara Dios una raza, un pueblo, una familia, desde las eras bíblicas; así para revelar á los hombres la Buena Nueva, venido el Salvador, que ha de atraerlo todo hácia sí, manda á la unidad que allane los caminos al Dios único; y prepara á otro pueblo, y en él elige á una ciudad á quien confía este grande y misterioso destino.

No importa que ella le desconozca. Impreso lleva en sí el espíritu de la dominacion, y la fuerza de la asimilacion universal. Instrumento de las miras de la Providencia, vá donde ésta la lleva, sin saber cómo, ni preguntar para qué. Impone al mundo vencido la unidad, por la fuerza y por la ley, como siglos despues se la impondrá por la verdad y por la enseñanza, por la fé y por la autoridad.

Ya hemos dicho antes de ahora en estos apuntes, que la unidad romana del mundo es la preparacion histórica del advenimiento de Jesucristo. Hoy lo repetimos, porque sólo así se comprende la historia.

Más adelante, hablando concretamente de Roma, explicaremos cómo procede en esta obra providencial. Hoy nos basta consignar que el mundo civilizado no tuvo unidad hasta que se la dió Roma.

XV.

DE LA CONSTITUCION
DE LAS NACIONALIDADES EUROPEAS.
—PORQUÉ NO HÁ LUGAR EN ITALIA.

Las nuevas nacionalidades que han llegado hasta nuestros dias, no son más que fragmentos del despedazado coloso. Así como tantos edificios se hicieron con las columnas y piedras de los monumentos romanos, así los bárbaros del Norte que destruyeron el Imperio, al demoronar el colosal edificio de la administracion romana, construyeron nacionalidades con los grandes trozos de aquella sociedad. En la espantosa conmocion de aquella maréa de pueblos, cada nacion de las que hoy conocemos, se formó de dos elementos: de la forma cohesiva que le habia dado la asociacion romana, y de la substitucion con que en cada una de las que fueron provincias, se reemplazó á la autoridad de los gobernadores, pretores, procónsules ó prefectos; á saber, la unidad de una raza bárbara con el caudillo que la representaba. Así los Visigodos en España; así los Francos en las Galias; así los Anglos, los Sajones, los Lombardos, los Borgoñones y los Ávaros, y las demás grandes familias y derivaciones de ellos en los diversos distritos del mundo romano.

Con estas ó las otras circunstancias ó accidentes, más ó ménos esenciales y variados, en toda la Europa central